

DISCURSO DE GRADUACIÓN DE LA SRTA. ELIZABETH ZENAIDA PAJARES HERRADA, DELEGADA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA SALUD.

Buenas tardes, Gran Canciller, Mons. Lino Paniza Richero; Señor Vicerrector Académico, Dr. Gian Battista Bolis; Señor Vicerrector Administrativo, Padre Giampiero Gambaro, señoras decanas y señores decanos, autoridades universitarias todas, familiares y compañeros.

Inicio este breve discurso agradeciendo a Dios por permitirnos estar presentes el día de hoy, así como a mis 21 compañeros por confiar en mí y darme la oportunidad de ser su voz esta tarde. Detrás de cada uno de nosotros existe una historia distinta, la cual me han permitido conocer para estar aquí frente a ustedes, historias que incluyen perseverancia, valentía, esfuerzo y mucho sacrificio. Al oír sus voces, me mencionaron a sus padres, hermanos, hijos, familia, maestros, a quienes les tendremos un eterno agradecimiento por hacer posible que nuestra etapa universitaria culmine hoy con éxito. Hoy, no solo regresaremos a casa con un grado académico, regresaremos con experiencias, anécdotas, valores aprendidos, amistades ganadas con el tiempo. Regresaremos abrazando nuestro espíritu gritando un *“Lo hice, lo logré, aun sobre todo lo que pueda estar pasando o que haya tenido que pasar, lo logré”*. Miraremos a aquellos que amamos y, con gran emoción, quizá asomen algunas lágrimas con sabor a nostalgia. Quizá no sean necesarias las palabras para expresar tantos sentimientos que afloran en todos los que hoy nos graduamos y en aquellos que han venido a acompañarnos.

No podría estar frente a ustedes si no fuera gracias a Milagros, Yenifer, Fanylu, Antuanet, Luz, Kely, Stefany, Araceli, Hector, Nataly, Lucia, Nicole, Jacqueline Paez, Jackelin Badillo, Yaqueline Flores, Kyara, Silvia, Adelí, Pamela, Alexandra y Zulema. A todos ustedes, me queda decirles que a partir de hoy salgamos decididos a ganarnos el mundo, a ejercer nuestra profesión con pasión y excelencia, a brindar amor a aquel que lo necesite, a demostrar sencillez y humanidad, empatía, ante todo y contra todo, a levantar nuestra voz, pero no solo para protestar, sino para manifestar nuestra opinión profesional y generar cambios. Amigos, salgan y brillen, pero sin opacar al prójimo. Seamos humildes para aceptar errores, para pedir perdón, para decir *“Aún puedo y quiero seguir aprendiendo”*, demostremos de qué estamos hechos, dejemos en alto el nombre de nuestra casa de estudios y demostremos aquellos valores obtenidos aquí.

Hace 21 años, Monseñor Lino Panizza apostó con convicción por una juventud que no tenía oportunidades. Sabía que lograría marcar un antes y un después en la educación, fundando

así la Universidad Católica Sedes Sapientiae, que ahora está presente, no solo en su sede Lima, con distintos locales, sino también en sus filiales de Ucayali (Atalaya), Piura (Chulucanas), Huacho (Huaura), Nueva Cajamarca (Rioja) y Tarma. Todo fue aun mejor cuando convocó a una plana docente que, no solo consideramos maestros, sino escultores de vida, quienes reciben cada semestre un sinfín de rostros, personas con sueños e ilusiones; y mis ojos, que hoy representan a 21 personas, observan con orgullo y admiración la calidad, no solo humana de cada uno de ellos, sino su gran capacidad intelectual. Para ustedes, catedráticos, gracias.

Nuestra sociedad requiere, no solo profesionales competentes, según cada carrera, nuestra sociedad está urgida de profesionales completos, con calidad humana, con capacidad de servicio, sin importar el área dónde se desarrollen. Nuestra universidad, no se ha limitado a cultivar solo nuestra capacidad intelectual, sino también esa parte humana. Jamás perdamos esa visión, sembremos en los demás aquello de deseamos cosechar en un futuro en los nuestros.

Los integrantes de la Facultad de Ciencias de la Salud, nos retiramos comprometidos con la cultura y con el conocimiento, muchos de nosotros insertos ya en el campo laboral y dejando la vaya alta para los que vienen. Hemos incursionado en la investigación, llevando el nombre de nuestra universidad a congresos internacionales, llevándonos los honores y dejando las puertas abiertas para las nuevas generaciones.

Me despido en nombre de mis compañeros, quienes reiteraron que no podía finalizar este discurso sin antes mencionar a los que se encuentran tras bambalinas, y que también se *gradúan* el día de hoy: gracias a sus familias, padres hermanos e hijos, y un abrazo especial mirando al cielo al hermano de Pamela, al papá de Milagros quien hace poco se convirtió en un ángel, a los abuelos de Alexandra, Lucia y Zulema, y a mi madre, que se encuentra aferrándose a la vida en estos momentos en el hospital. Por ella estoy aquí de pie, porque esta también era su meta.

A todos ustedes, de corazón, muchas gracias.